

CRISTO MANIFESTADO EN EL RECUERDO

El me glorificará (Jn 16,14)

Cuando el Señor dejó a sus apóstoles, se entristecieron, y El los consoló con la promesa de otro Guía y Maestro, en quien debían confiar en vez de El, y que sería para ellos más de lo que El había sido. Les prometió la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, el Espíritu de El y de su Padre, que llegaría invisiblemente, con un poder y alivio mayor, puesto que era invisible. Así, Su presencia sería más real y eficaz, por cuanto era más secreta e inescrutable.

Al mismo tiempo que este nuevo y más amable Consolador traía una bendición más elevada, no iba a oscurecer o esconder de ninguna manera lo que había acontecido antes. Aunque hizo más por los Apóstoles de lo que Cristo había hecho, no dejó en la sombra ni substituyó a Quien había sucedido, ¿cómo podría haber sido eso? ¿Quién podía oscurecer la Gloria del Señor? ¿Cómo podía el Espíritu Santo, que era uno con el Hijo, hacer otra cosa que fuese manifestar al Hijo, mientras se manifestaba a Sí mismo? ¿Cómo podía fallar en iluminar las gracias y perfecciones del Hijo, cuya muerte en la Cruz abrió el camino al mismo Espíritu Santo para ser amable al hombre también? Por ello, aunque fue conveniente que el Hijo se fuera para que el Consolador viniera, no perdimos de vista al Hijo en presencia del Espíritu. Por el contrario, Cristo expresamente anunció a los Apóstoles en las palabras del texto: “El me glorificará”. Ahora bien, estas palabras nos llevan a considerar primero el modo especial en que Dios Espíritu Santo dio gloria al Hijo de Dios, y luego preguntarse si no hay en esto algún indicio de una ley general de la Divina Providencia, observada tanto en la Escritura como en los asuntos del mundo.

El modo especial en que Dios Espíritu Santo dio gloria a Dios Hijo, parece haber sido revelándole como el Unigénito del Padre, que había aparecido como Hijo del hombre. Nuestro Salvador dijo muy claramente que El era Hijo de Dios, pero una cosa es declarar toda la verdad y otra recibirla. Nuestro Salvador dijo todo lo que necesitaba ser dicho, pero sus Apóstoles no le entendieron. Aún cuando hicieron profesión de fe por la secreta gracia de Dios, y por ello aceptable a Cristo, no entendieron plenamente lo que decían. San Pedro le reconoció como el Cristo, el Hijo de Dios, y asimismo el centurión que estuvo presente en su crucifixión. ¿Entendió aquél centurión sus propias palabras cuando dijo: “verdaderamente éste es el Hijo de Dios” (Mt 27,54)? Seguramente no, ni tampoco San Pedro, aunque habló no según la carne y la sangre, sino por revelación del Padre. ¿Pudo entender poco después cuando nuestro Señor habló sobre su Pasión, que yacía ante El, y Pedro intentó “apartarlo y comenzó a reprenderle” (Mt 16,22)? Ciertamente no entendió que nuestro Señor, al ser el Hijo de Dios, no era creatura de Dios, sino el Verbo Eterno, el Unigénito Hijo del Padre, uno con El en sustancia, distinto en Persona.

Cuando investigamos la conducta de nuestro Salvador en la tierra, encontramos que ocultó a propósito ese conocimiento, que sin embargo había dado, como si intentara que fuese gozado pero no inmediatamente, como si Sus palabras se mantuvieran pero

hubieran de esperar un tiempo para su interpretación, como si las reservara para la llegada de Aquél que traería la luz sobre Cristo y ellas. Así, cuando el joven se le acercó y le dijo: “Maestro bueno” (Lc 18,18), se mostró más deseoso de corregirle que de revelarse, de hacerle sopesar sus palabras que de aceptarlas. En otra ocasión, cuando tan lejos llegó en su revelación que los judíos le acusaron de blasfemia, pues siendo un hombre se hacía a sí mismo Dios, en vez de repetir e insistir sobre la Verdad sagrada que rechazaban, invalidó los términos en los que la había transmitido, insinuando que a los profetas del Antiguo Testamento fueron llamados dioses como El. Y cuando estuvo frente a Pilato, rehusó dar testimonio de Sí mismo o decir lo que era o de donde venía.

De esta manera, estuvo entre ellos “como el que sirve”. Aparentemente, no fue sino después de su Resurrección y especialmente después de su Ascensión, cuando descendió el Espíritu Santo, que los Apóstoles comprendieron quién había estado con ellos. Lo conocieron cuando todo había pasado, no en el momento.

Pienso que vemos aquí el rastro de un principio general, que se presenta ante nosotros una y otra vez, tanto en la Escritura como en el mundo: la presencia de Dios no se discierne en el tiempo que está sobre nosotros, sino después, cuando miramos hacia atrás lo que fue y ya pasó.

La misma historia de nuestro Salvador nos proporcionará ejemplos que hacen evidente la existencia de esta ley notable.

Cuando San Felipe, por ejemplo, le pidió ver al Padre Todopoderoso, entendiendo poco el privilegio de que había gozado tanto tiempo, nuestro Señor le respondió: “Hace tanto que estoy con vosotros y todavía no me conocéis, Felipe?” (Jn 14,9). Nuevamente, en otra ocasión, le dijo a San Pedro: “Lo que Yo hago tú no lo entiendes ahora, lo comprenderás más tarde” (Jn 13,7). Y también: “Esto no lo comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en la cuenta de que esto estaba escrito sobre El, y que era lo que le habían hecho” (Jn 12, 16). De la misma manera, mientras hablaba con los dos discípulos yendo a Emaús, sus ojos no le conocieron. Cuando le reconocieron, en el mismo instante desapareció de su vista. *Después*, “se dijeron uno al otro: ¿no ardía acaso nuestro corazón dentro nuestro, mientras nos hablaba por el camino?” (Lc 24, 32).

Así son también los siguientes pasajes tomados del Antiguo Testamento: Cuando Jacob huyó de su hermano, “llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol”. En su sueño tuvo la visión de los Ángeles y el Señor por encima de ellos. Por eso, cuando despertó de su sueño dijo: “Así pues, está el Señor en este lugar y yo no lo sabía. Y asustado dijo: ¡Qué temible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!” (Gen 28,11-17). Nuevamente, después de haber estado luchando con el Ángel toda la noche sin saber quién era, y preguntando por Su nombre, al final, “Jacob llamó a aquel lugar Peniel, pues, se dijo, ‘He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva’” (Gen 32,31). Y así también, después que el Ángel desapareció de la vista de Gedeón, que lo había tratado como a un hombre, entonces, y sólo entonces, descubrió quién había estado con él y dijo: “¡Ay, de mi Señor Dios! ¡Pues he visto al Ángel de Dios cara a cara!” (Jueces 6,22). De la misma manera, después que el Ángel desapareció de la vista de Manoaj y su mujer, en ese momento y no antes, le descubrieron. Entonces “cayeron rostro en tierra...Y Manoaj dijo a su mujer: ‘seguro que vamos a morir porque hemos visto a Dios’” (Jueces 13,20-22).

Tal es la regla de Dios en la Escritura, para dispensar Sus bendiciones, silenciosa y secretamente, de modo que no las distinguimos en el momento sino por la fe y solamente después. De lo cual, como he dicho ya, tenemos dos ejemplos especiales en

el plan general de la historia evangélica: la misión de nuestro Salvador, quién no fue entendido hasta después de ser el Hijo de Dios glorificado, y la misión del Espíritu Santo, que estaba aún más cargada de beneficios espirituales, y es aún más secreta. La carne y la sangre no pudieron discernir al Hijo de Dios, aún cuando trajo milagros visibles. El hombre natural distingue aún menos las cosas del Espíritu de Dios. Y aún así en el mundo venidero serán todos condenados por no haber creído aquí lo que nunca les fue dado ver. Así, la presencia de Dios es como Su gloria cuando se le apareció a Moisés: El dijo: "Tu no puedes ver mi rostro...y vivir" pero pasó de largo y Moisés vio su gloria cuando ya se retiraba. No la pudo ver de frente ni cuando pasaba. La vio, la conoció y "al instante se prosternó en tierra y adoró" (Ex 33,20; 34,8).

Considerad ahora cuán paralelo es esto a lo que tiene lugar en la providencia de la vida diaria. Nos suceden hechos agradables o dolorosos, y no sabemos al momento el significado de los mismos, no vemos la mano de Dios en ello. Si verdaderamente tenemos fe, confesamos que no vemos y tomamos todo lo que pasa como Suyo, pero ya sea que lo aceptemos en la fe o no, ciertamente no hay otro camino de aceptación. No vemos nada. No vemos porqué las cosas llegan ni adónde van. Jacob gritó en una ocasión: "Todas estas cosas están contra mí" (Gen 42,36) y ciertamente parecían así. Un hijo eliminado por el resto, otro prisionero en tierra extranjera, un tercero reclamado. "Vosotros me vais a dejar sin hijos, ¡José ya no está, Siméon tampoco, y ahora queréis llevar a Benjamín! ¡Todas estas cosas están contra mí!". Aún así todas estas cosas estaban siendo empleadas para el bien.

Seguid los infortunios del joven favorito y santo que primero le fue quitado a Jacob de su lado: vendido por sus hermanos a extraños, llevado a Egipto, acosado por una muy peligrosa tentación, vencida pero no premiada, puesto en prisión, entrando el hierro en su alma, esperando allí hasta que el Señor le fuera propicio y "mirara desde el cielo". Pero, esperando ¿por qué? y ¿cuánto tiempo? Se dice una y otra vez en la narración sagrada que "El Señor estaba con José", pero ¿pensáis que vio en esos momentos algunas señales de Dios, excepto de las que tan sólo por la fe se dio cuenta y pudo ver? Su fe fue su única recompensa, lo cual no era recompensa alguna al ojo de la razón, pues la fe ciertamente no hizo sino juzgar de las cosas por aquél criterio que originalmente ha establecido, y declara que José era feliz porque debía serlo. De aquí que, a pesar de que el Señor estaba con él, aparentemente las cosas estaban contra él. Pero después de todo vio lo que era tan misterioso en su momento: 'Dios me envió delante de vosotros', les dijo a sus hermanos, "para salvar vidas... no sois vosotros los que me habéis enviado acá, sino Dios, quién me ha constituido padre del Faraón y señor de toda su casa y gobernador de todo el país de Egipto "(Gen 45,5-8).

¡Maravillosa Providencia, que es tan silenciosa, y sin embargo, tan eficaz, tan constante, tan infalible! Esto es lo que frustra el poder de Satanás, que no puede discernir la mano de Dios en lo que ocurre, y aunque quiera gustosamente encontrarse y tropezar con ella, en su loca y blasfema rebelión contra el cielo, no puede hallarla. Astuto y penetrante como es, sin embargo, de nada le sirven sus mil ojos y sus muchos instrumentos contra el majestuoso y sereno silencio, contra la santa e imperturbable calma que reina a través de la providencia de Dios. Astuto y experimentado como es, aparece como un niño o un tonto, como alguien hecho para la diversión, cuyo pan cotidiano no es sino fracaso y burla, ante la sabiduría secreta y profunda del consejo divino. Hace conjeturas por aquí o algo atrevido por allí pero todo en la oscuridad. No supo de la venida de Gabriel y de la concepción milagrosa de la Virgen¹, ni qué

¹ Newman inserta aquí una cita remitiendo a la Carta a los Efesios de San Ignacio de Antioquia, 19.

significaba eso Santo que iba a nacer, llamado el Hijo de Dios. Trató de matarle e hizo mártires a niños inocentes, tentó al Señor de todas las cosas con hambre y con perspectivas ambiciosas, pasó por la criba a los Apóstoles y no consiguió sino uno, que ya llevaba su propio nombre y había sido entregado como un demonio. Se levantó contra su Dios en su plena fuerza, en la hora y el poder de las tinieblas, y luego pareció conquistar, pero con su último esfuerzo y como el más grande de sus hechos, no hizo más que “realizar lo que en tu poder y en tu sabiduría habías predeterminado que sucediera” (Hech 4,28). Trajo al mundo la verdadera salvación que temía y odiaba. Completó la expiación del mundo, cuya miseria estaba tramando.

¡Maravillosamente silencioso, pero irresistible curso de la providencia de Dios! “Verdaderamente, Tú eres un Dios que te escondes, Oh Dios de Israel, el Salvador”, y si aún los demonios, sagaces como son, espíritus por naturaleza y experimentados en el mal, no pueden detectar Tu mano mientras actúas, ¿cómo podemos nosotros esperar verla, excepto por ese camino que los demonios no pueden tomar: por una fe amorosa? ¿Cómo podemos verla, excepto después, como recompensa de nuestra fe, contemplando la nube de gloria en la distancia, que cuando estaba presente era demasiado rara e impalpable para los sentidos mortales?

Así también, en un sinnúmero de otras circunstancias, ni sorprendentes, ni dolorosas, ni agradables, sino ordinarias, somos capaces de discernir más tarde que Él ha estado con nosotros, y como Moisés, adorarle. Dejad a una persona que confía ser en general aceptable en el servicio de Dios, mirar hacia atrás sobre su vida pasada, y descubrirá cuán críticos fueron momentos y hechos que cuando sucedieron parecían por demás indiferentes: como por ejemplo, la escuela a la que fue enviado cuando niño, la ocasión del encuentro con aquellas personas que más le han beneficiado, los accidentes que determinaron su llamada o expectativas cualesquiera fuesen. La mano de Dios está siempre sobre los Suyos y los lleva adelante por un camino que no conocen. Todo lo más que pueden hacer es creer lo que no pueden ver ahora, lo que verán en la otra vida, y creyendo, actuar junto con Dios hacia ella.

Y de aquí es que, acaso, los años pasados, vistos retrospectivamente, lleven tanta fragancia consigo, si bien en su momento, quizás poco vimos en ellos que nos fuera placentero, o no pudimos darnos cuenta de que *estábamos* recibiendo deleite, aunque lo recibimos. Recibimos deleite porque *estábamos* en la presencia de Dios, pero no lo sabíamos. No conocimos lo recibido, no nos dimos cuenta ni reflexionamos sobre el bien que recibíamos, pero después, cuando el gozo ha pasado, viene la reflexión. Sentimos en el momento, pero reconocemos y razonamos después. Tal es, digo, la dulzura y la suavidad con que los días pasados y lejanos caen en la memoria, y nos sorprenden.

Cuando nos parece estar viviendo para nada, los años más ordinarios brillan más adelante en su verdadera regularidad y curso ordenado. Lo que era entonces siempre igual es ahora estabilidad, lo que era embotamiento es ahora calma consoladora, lo que parecía improductivo tiene ahora un valor en sí mismo, lo que era monotonía es ahora armonía. Todo es amable y consolador y lo recordamos con afecto. No sólo eso, aún los tiempos pesados son de este modo suavizados e iluminados después, lo cual a primera vista es maravilloso. ¿Y Porqué no debiera ser así, desde que más que en otros momentos nuestro Señor está presente cuando parece abandonar a los suyos en la desolación y la orfandad? El implante de la cruz de Cristo en el corazón es agudo y penoso, pero el árbol majestuoso se levanta hacia lo alto y tiene hermosas ramas y rico fruto, y es agradable a la vista. Y si todo esto es verdad hasta de los tiempos tristes u

ordinarios, cuánto más retiene lo bueno de las épocas de obediencia religiosa y consuelo.

Tales son los sentimientos con que los hombres miran a menudo hacia atrás su niñez, cuando algún accidente la trae vívidamente ante ellos. Cualquier reliquia o señal de aquella época temprana, algún sitio o libro o palabra, algún olor o sonido les lleva a retroceder en la memoria hacia los primeros años de su discipulado, y luego ven lo que no pudieron conocer en su momento: que la presencia de Dios los acompañó y les dio descanso. Quizás aún ahora son incapaces de discernir plenamente qué fue lo que hizo aquel tiempo tan brillante y glorioso. Están llenos de pensamientos tiernos y afectuosos hacia aquellos primeros años, pero no saben porqué. Piensan que son aquellos mismos años que ellos añoran después, mientras que es la presencia de Dios que, como ahora ven, estaba sobre ellos, la que los atrae. Piensan que regresan al pasado, cuando no están si no anhelando el futuro. No es que quieran ser niños otra vez, sino que querrían ser ángeles y ver a Dios, ser seres inmortales, coronados de amaranto, revestidos de blanco y con palmas en las manos, delante de Su trono.

Lo que pasa con la fortuna de los individuos, pasa también con la Iglesia. Sus tiempos agradables son tales en la memoria. No podemos saber quienes son grandes y quienes pequeños, qué tiempos son serios y cuáles son sus efectos, hasta después. Entonces pensamos mucho en la morada, y en las salidas y las entradas de aquellos que en su tiempo vivieron familiarmente con nosotros, y parecían como otros hombres. Luego recogemos el recuerdo de lo que hicieron aquí o dijeron allá. Sus perseguidores, no obstante poderosos, no son conocidos ni se habla de ellos, excepto para hacer resaltar los hechos de la Iglesia y los triunfos en el Evangelio. Ha habido Reyes de la tierra, grandes hombres, ricos, capitanes principales y hombres poderosos, que se engrandecieron tanto a sí mismos, asolando y deformando a la Iglesia, hasta no poder ser vista ya excepto por la fe, pero después nos encontramos con que no han infringido de ningún modo la continuidad de sus contornos, que aparecen claros y gloriosos, y aún más delicados y tiernos por el mero intento de borrarlos. Se necesita muy poco estudio de la historia para probar cuán real es este caso, cuán poco interfirieron los cismas y divisiones, los desórdenes y problemas, los temores y las persecuciones, las dispersiones y amenazas, con la gloria del Cristo Místico. Así aparecieron después, aunque en su momento casi los ocultan, los grandes santos, los grandes eventos y privilegios, como las montañas eternas que crecen en la medida que nos alejamos de ellas.

Hay una suerte de instinto que siente la muchedumbre, de estar en posesión de aquello que ni vieron ni aceptaron en la fe, y que, como alguien ha señalado, les hace tan mal dispuestos a renunciar, en el último momento, a aquellos privilegios que han poseído durante tiempo sin valorarlos ni emplearlos. Algunas veces, en el último momento, cuando la misericordia está a punto de ser retirada, cuando es demasiado tarde, o todo pero demasiado tarde, un sentimiento les llega de que algo precioso viene de dentro. Les parece escuchar un sonido de armas y las voces en el Templo diciendo: "Partamos de aquí" e intentan retener lo que no pueden ver; penitentes, cuando el día de gracia ha pasado.

Una vez más: cada uno de nosotros, seguramente, debe haber experimentado este sentimiento general muy fuertemente, en un tiempo u otro, como recuerdos de los sacramentos y ritos de la Iglesia. En el momento, no podemos darnos cuenta, no podemos sino creer que Cristo está con nosotros, pero después de un intervalo exhalan una dulzura como la de Sus ornamentos, de "mirra, áloe y acacia". Tal es la memoria de muchos de la Sagrada Comunión en la Iglesia o de comuniones solemnizadas junto a la

cama del enfermo, o de Bautismos a los que han asistido, de Confirmaciones, matrimonios u ordenaciones. Más aún, celebraciones que en su momento no pudimos gozar, por enfermedad, agitación o cansancio, celebraciones que en vez de inspirar nuestra fe en su santidad, inquietaron nuestros corazones vacilantes, celebraciones que estuvimos tentados de pensar eran largas, y más aún, quisimos que terminaran cuando estaban realizándose (¡ay! que pudiéramos ser tan ciegos y muertos a nuestro bien elevado), y sin embargo después están llenas de Dios. Llegamos como Jacob, en la oscuridad, y nos recostamos con una piedra por almohada, pero cuando nos levantamos y pensamos lo que ha pasado, recordamos haber tenido una visión de ángeles y al Señor manifestado en ellos, y somos inducidos a gritar: “¡Temible es este lugar! ¡Esto no es otra sino la casa de Dios y la puerta del cielo!” (Gen 28,17).

Para concluir, aprovechemos lo que cada día y hora nos enseña cuando desaparece. Lo que es oscuro mientras se encuentra con nosotros, refleja el Sol de Justicia cuando ha pasado. Aprovechemos esto en el futuro, tanto como para tener fe en lo que no podemos ver. El mundo parece seguir como es usual. No hay nada de cielo en el rostro de la sociedad, en las noticias del día no hay nada de cielo, en los rostros de muchos, o en el del grande, o en el del rico, o en el del ocupado, no hay nada de cielo, en las palabras del elocuente o en los hechos del poderoso, o en los consejos del juicioso, o en las resoluciones del señorial, o en las pompas del pudiente, no hay nada de cielo. Y sin embargo el Santísimo Espíritu de Dios está aquí, la Presencia del Hijo Eterno, diez veces más gloriosa y poderosa que cuando pisó la tierra nuestra carne, está con nosotros. Permítasenos mantener en la mente esta verdad divina: cuánto más secreta es la mano de Dios, más poderosa, cuánto más silenciosa, más tremenda. Estamos bajo el ministerio tremendo del Espíritu. Quién habla contra El arriesga más de lo que calcula, quién le aflige pierde más bendición y gloria de lo que pueda comprender. El Señor estaba con José, el Señor estaba con David, y en los días de Su carne estaba con sus Apóstoles, pero ahora está con nosotros en el Espíritu.

Y puesto que el Espíritu Divino es más que la carne y la sangre, que el Salvador resucitado y glorificado es más poderoso que cuando estaba en forma de siervo, que el Verbo Eterno, espiritualizando Su humanidad tiene más virtud, más gracia, más bendición y vida para nosotros que cuando estaba oculto en ella y sujeto a la tentación y al dolor, y puesto que la fe está más bendecida que la visión, por eso, somos mucho más privilegiados ahora y tenemos más títulos para ser llamados reyes y sacerdotes ante Dios, más aún que los discípulos que le vieron y tocaron.

Aquél que glorificó a Cristo, le comunica para glorificamos a nosotros. Si pudo hacer milagros en los días de Su carne, ¿no podrá hacer ahora muchos más?, y si Sus milagros visibles estaban llenos de poder, que podamos penetrar en las profundidades de nuestros privilegios, gozar lo que poseemos, creer, emplear, cultivar, gloriarse en nuestros dones presentes como “miembros de Cristo, niños de Dios y herederos del reino de los cielos”.